Black.Smoking.Angel [Español] (/en/story/92092/black-smoking-angel-espanol/)

Donate to this author
(/en/story/payment/92092/)

ADVERTISEMENT

Follow story •••

ADVERTISEMENT

< Capitulo Veintiuno: Solo II (/en/story/92092/capitulo-veinte-solo-ii-1371266/)

Hace tan solo algunos días.

Una melodía torpe, aunque dulce, acariciaba mis oídos.

Estaba sentado a varios metros de distancia, mirando su espalda que se encogía y engrandecía según ella moviese

sus brazos. Me relajé contra el respaldar de uno de esos mullidos sillones en la modesta sala de música de nuestra casa y vi alrededor. Tres grandes ventanas de doble hoja que daban al patio interior, cubiertas por largas cortinas rojas. Además de mi sillón, había muchos otros; habían sido organizados de una manera tan rara que parecían haber sido colocados al azar. Dos puertas elegantes de madera que llevaban al pasillo este de la segunda planta... lo que me llevaba a preguntarme: ¿cómo habían logrado meter el piano a la habitación?

Un maldito piano, de verdad. No hay nada que esta casa no tenga. Si yo hubiese sido el dueño, hubiese preferido quedarme aquí a sobrevivir antes que abandonar mi hogar y dejar todo esto detrás.

...

No, eso es mentira.

Del techo colgaba un solitario candelabro que en ese momento iluminaba la habitación, alejándonos de la oscuridad característica de una noche de invierno. Bajé mi vista nuevamente hacia ella.

Angelique golpeteaba las notas con las suaves yemas de sus dedos y las hacía dar a luz música. Tanto ella como yo descubrimos que sabía tocar nada más que por accidente. Un día, mientras limpiábamos el lugar, se sentó y simplemente empezó a tocar una canción como si fuese lo más normal del mundo. No le pregunté, pero es obvio que no recuerda haber tocado el piano nunca antes. ¿A qué se debe, lector? ¿Memoria motriz, o algo así? No lo sé ni me importa.

Aceleró el ritmo, tal vez por error, o tal vez porque así se supone que iba la canción que seguramente resonaba lejana en su cabeza.

Yo no sé nada de música, absolutamente nada. De hecho, jamás tuve una banda o artista favorito como mis compañeros de la escuela, sino que me contentaba con escuchar lo que ellos escuchasen. Incluso así, hasta yo podía darme cuenta de que algunas de las notas sonaban... extrañas, como si no pertenecieran a la misma melodía. ¿A eso le llaman desafinar?

Pocos segundos después, se detuvo, dejando caer sus manos sobre las teclas con cierta frustración. Me levanté y me acerqué a ella. Puse mis manos sobre sus hombros, y mi barbilla sobre su cabeza.

"¿Qué fue eso?".

"No suena bien. No la recuerdo del todo".

"Yo creo que sonaba bien".

"Sí, pero...".

"¿Pero...?".

"No como debía. Me equivoqué muchas veces".

"Hm...".

Estiré una mano hasta el piano, y pulsé débilmente algunas de las teclas sin ningún orden en particular. Me sorprendió un poco notar que no emitían sonido alguno.

"No es así".

"¿Qué hice mal?".

"Tienes que usar más fuerza".

Quitó mi mano con delicadeza y, dándome un ejemplo, presionó esas mismas teclas con la fuerza suficiente para hacerlas funcionar como debían.

"Los macillos deben golpear las cuerdas con fuerza para hacerlas vibrar. Si tan solo pulsas teclas sin más, no podrás oír el sonido".

"¿Cuerdas? ¿Qué cuerdas?".

Angelique pensó un instante y, segundos después, dejó salir un resoplido devenido en risa.

"El piano es un instrumento de cuerdas. Cuando tocas una tecla, estás golpeando las cuerdas que producen las notas respectivas".

"¿Leíste eso en algún libro?"

"No".

Sin previo aviso, se dejó caer levemente hacia atrás, reposando su nuca en mi abdomen para poder mirarme a los ojos. Lucía una sonrisa preciosa.

"Simplemente lo sé".

Mayo, 2024

Un año y medio de soledad.

Caminé hacia el sur hasta que ya no hubiese tierra que pisar. No sé qué estaba buscando. Ni siquiera sé si estaba buscando algo. No me faltaban chances para detenerme y tratar de asentarme en algún lugar. Pueblos casi vacíos pero aún vivos, casas abandonadas que me invitaban a habitarlas, comunas organizadas que me recibirían con los brazos abiertos...

Nunca paré.

Cuando el mar se interpuso en mi camino, tan solo seguí la costa, como una canica conservando su momento al tomar una suave curva. Me enfrenté contra

bandidos y miembros de Amere, comercié con algunos civiles y a algunos los amenacé, aprendí lo poco que pude del idioma distrayéndome por las noches con alguna revista o libro que encontraba en las casas que usaba como refugio, hui de los más grandes conflictos...

Una comuna se había formado en Reggio Calabria. La presencia de Amere era fortísima y su dominio sobre la ciudad era absoluto. Irónico, pero era eso lo que la hacía tan pacífica. Siempre y cuando no atentaras contra el grupo y siguieras las órdenes que te imponían, no te harían daño. Ni siquiera buscaban desarmar a los habitantes de la ciudad, ya sea porque no temían una revuelta o porque no querían antagonizarlos. Lo más sorprendente de todo fue haberme podido subir a ese ferry que me llevó hasta Sicilia sin tener que entregar mis armas. No se interponían ni hacían preguntas, y dejaban que la ciudad funcionase casi como de costumbre. Evidentemente, luego me quedó más claro.

Llegué a ver la isla de Malta a lo lejos, desde la costa sur de Sicilia. La isla

siciliana era, en su totalidad, un territorio de Amere. Solo el cielo sabe de cuánto era la fuerza efectiva, pero era un hecho que quien intentase liberar la isla debía estar preparado para recibir la resistencia propia de un país entero. Claro que no iban a preocuparse por un loco solitario que portaba su rifle sin reparo alguno; tenían todo bajo control. Todo.

Entonces volví sobre mis pasos.

¿Podría haber vivido una vida relativamente tranquila si tan solo me dedicaba a vivir como un miembro más de la comunidad en Sicilia? La ciudad funcionaba. Había comida, trabajo y refugio, no me costaría nada adaptarme al ritmo al que las personas se movían.

No quería hacer eso. Una parte de mí sentía no más que resentimiento por la facción que me había quitado todo. Sonará extraño, pero pasarme la vida hurgando entre la basura sonaba más tentador que entregarme completamente al cómodo conformismo que ellos me brindaban.

Subí por la costa, volví a tomar el ferry.

Recordé cada paso que hube dado y lo repetí en el sentido inverso, pasando por las mismas ciudades, los mismos pueblos. Me tomó meses volver a hacerlo todo, meses cargados de violencia y desesperanza.

Sabía que en algún momento iba a ocurrir: era tan solo cuestión de tiempo. Mi suerte se acabó. Sin comida, sin provisiones, y casi sin municiones.

Para el momento en que llegué a la frontera que separaba Italia de Eslovenia, ya llevaba días sin comer. Sentía mi cuerpo frágil, y también cómo el paso de los meses en necesidad había afectado a mi resistencia. Me sentía ligero y débil, lento y blando.

Solo miraba al frente, aún sin un rumbo fijo. Las piedras y los árboles me miraban al pasar, preguntándose si pronto me volvería uno de ellos. El rifle en mi espalda pesaba mucho, demasiado, considerando que apenas si le quedaban seis o siete balas.

El dolor de cabeza era casi constante, producto de la deshidratación y la falta de

nutrientes. Tan, tan deplorable era mi estado, que incluso levantar mi pistola suponía un extenuante ejercicio físico que intentaba evitar a toda costa. Más, cuando la muerte afloraba, sacaba energías de mi propio espíritu tan solo para garantizar mi supervivencia.

El cañón de la 92 humeaba, aún apuntando al cráneo de ese bandido que me encontré en un callejón cualquiera, a poco de cruzar desde Gorizia hasta Nova Gorica. Tan solo soportar el retroceso de los disparos había alcanzado para agotarme. Mi brazo dolía, y mis dedos temblaban. Miré mi propia mano. Mi piel estaba reseca y había perdido elasticidad, no era una buena señal.

Con la urgencia de un doctor atendiendo a un niño herido, me incliné sobre ese cadaver y comencé a revisar sus bolsillos; no llevaba mochila. Los bolsillos de sus pantalones, de su abrigo, el interior de su primera capa de ropa... nada. No tenía nada que pudiese usar. Si acaso tenía un refugio donde guardaba sus cosas, estaba claro que ese lugar estaba fuera de mi

alcance, y que de poco serviría gastar tiempo y energía intentando encontrarlo. Me quedé sentado en el suelo, desanimado y angustiado, con los ojos enterrados en el orificio que la bala que yo disparé había creado en la cabeza de aquel tipo. La sangre no brotaba a chorros, sino que era un solo flujo ininterrumpido que se derramaba sobre su piel trigueña. Su rostro ya no era reconocible, no entre tanto rojo. Bajé apenas la mirada y me centré en la piscina de sangre que se había formado.

Sangre...

Entonces, lo pensé.

Juro que lo pensé.

Juro por Angelique lo consideré.

Nadie estaba ahí para verme, nadie estaba ahí para juzgarme.

Si tan solo... intentaba apagar mi humanidad, y me dejaba guiar por mi instinto de conservación...

Si saciaba mis necesidades y luego lo olvidaba...

Dejé mi pistola a un lado, en el suelo, y

tomé el propio cuchillo que el bandido llevaba guardado en la parte trasera de sus pantalones.

Comencé a sudar, y a agitarme.

Tomé una de las muñecas del cadáver y estiré su brazo, girándolo levemente hasta que la región anterior del codo estuviese mirando hacia arriba. Bajé el cuchillo despacio, lo apoyé en el la piel, y poco a poco presioné.

Me paralicé al ver la sangre comenzar a fluir.

Fue extraño, hacía mucho tiempo que una escena violenta no me causaba... miedo. Supongo que se debió a la realización de lo que estaba a punto de hacer. Enterré la punta del cuchillo del todo, y más sangre todavía comenzó a salir a borbotones. Me detuve una vez más, y sentí unas profundas ganas de vomitar. Giré poco a poco la cabeza, y me encontré con los inertes ojos abiertos de ese bandido, enfrentándose a mí, tal vez desafiándome.

Entré en pánico.

Quité el cuchillo con gran rapidez y me mordí el labio con tanta fuerza que lo hice sangrar.

Había estado a punto de comer carne humana. En mi interior, medité cual sería la mejor manera de cocinarla y devorarla con rapidez, privándome de degustar cualquier tipo de sabor tan solo por el bien de calmar el hambre y mantener mi cordura lo más entera que pudiese. Pero no, no existe psiquis que aguante algo así. No debe existir. No puede existir un hombre que coma la carne de otro sin volverse loco en el proceso. Yo no podía ser ese, no podía terminar así.

Me quedé con el cuchillo, tomé mi pistola y salí arrastrándome del callejón, forzándome a levantar mi cuerpo al volver a la calle.

No había nadie, ni nada. El mundo entero no existía, solo estaba yo. El cielo estaba nublado, y mi experiencia me decía que podría largarse a llover de un momento al otro. No logré juntar fuerzas para moverme. Llegué a pensar que... tal

vez ese debía ser mi lugar descanso.

Podía simplemente dejarme vencer por la fatiga acumulada que alivianaba mis piernas y caer rendido una vez más, permitiéndole al tiempo devorarme como el viento se lleva las hojas más, cuando la primera gota golpeó la punta de mi nariz, nuevamente mis instintos me tomaron del pescuezo para forzarme a continuar. Me alejé a pasos pesados, cansados, agotados, hasta que, sin noción de mis alrededores, caí en el interior de una casa a la que nada diferenciaba de aquellas que la rodeaban.

Me paré, ayudándome del marco de la puerta que se había abierto con facilidad al arrojarle mi peso encima. Un solo vistazo me dejaba darme cuenta de que no iba a encontrarme con nada de valor en aquella desdeñada vivienda. Pisos y paredes húmedas, restos de colillas de cigarrillos, bolsas plásticas y envoltorios de toda naturaleza. No estaba siendo habitada, pero claramente había sido usada de refugio algún tiempo atrás. Ni siquiera había muebles enteros, tan solo los restos de estos. Si acaso los antiguos residentes

de esa guarida habían sido forzados a abandonar el lugar a punta de pistola o si lo habían decidido por su propia cuenta... es algo que solo las propias paredes pueden saber.

Entré sin cerrar la puerta, y la sala de estar se iluminó momentáneamente justo cuando di el primer paso. Segundos después, un trueno hizo vibrar el lejano cielo.

Revisé uno por uno los cajones y repisas de la sala principal y de la cocina. Papeles, utensilios, souvenirs, fotografías, cenizas, piedras, casquillos, cristales rotos, vendajes usados, un revolver no funcional abandonado en una esquina... Nada útil. Volví hacia la entrada y miré una vez más al interior del lugar, el cual seguía siendo intermitentemente iluminado por los distantes relámpagos.

...

¿Eran trozos de vida, o fragmentos de tiempo?

Tan rápido fui para juzgar que nada de aquello era útil, pero...

¿Por qué entonces me ardía el pecho al pararme a pensar?

Los papeles eran su mayoría viejas notas que los supervivientes debieron haber escrito para comunicarse entre sí cuando debían salir a explorar. Los utensilios en la cocina estaban bien cuidados, aunque ya no tan limpios; mostraban uso y desgaste, seguramente diario. Los souvenirs eran tan... básicos, del tipo que el turista promedio compra por monedas cuando visita una ciudad o país vecino, pero había docenas de ellos, muchos ya rotos. Las fotografías pertenecían claramente a los habitantes originales de la casa. Era una familia numerosa, pude ver lo que parecían ser los padres de dos hijos, unos ancianos y otros que seguramente serían parientes cercanos. Las cenizas eran bastante más recientes y, aunque el viento las había esparcido por el lugar, la mayoría estaban apiladas en un punto en específico. Supuse que serían los restos de las muchas fogatas que los refugiados habrían armado dentro de la casa para mantenerse cálidos; lo mismo con las piedras. Los casquillos me

generaban cierta duda. ¿Habían sido aquellas municiones empleadas para alejar a los refugiados, o... habían sido disparadas por los mismos refugiados para acabar con los habitantes originales de la casa? De alguna manera, no quería realmente saber la respuesta. Los cristales rotos pertenecían a las mismas ventanas de las dos habitaciones que había explorado hasta el momento. Casi todas ellas estaban quebradas y habían sido tableadas o bloqueadas con bolsas plásticas y cinta adhesiva. Los vendajes, usados y manchados de colores rojizos, habían sido amontonados sobre la mesada en la cocina. Eran aquello que tal vez le había salvado la vida a algún refugiado, o lo que último que habría llevado puesto antes de morir.

El revolver... era un modelo muy viejo que no pude identificar, pero tenía algo roto. El martillo no trababa, y la cola disparadora estaba suelta.

Todo eso era vida. Todo aquello contaba una enorme, extensa, gigantesca historia acerca de las quien sabe cuántas personas pasaron por ese edificio desde que toda

esta mierda empezó. Los malos, los buenos, los restos no hacían distinción, tan solo se mostraban ante mí en su desnuda crudeza. El universo mismo había pasado por aquella casa.

Alguna vez, alguien me dijo que todos estamos en todos.

¿Significaba eso que aquello que estaba viendo no era más que el reflejo de mi propia esencia? ¿El reflejo de lo que yo era, o había sido, o iba a ser? ¿Qué debía sentir? ¿Pena? ¿Rabia? ¿Compasión? ¿Simpatía?

Cerré la puerta, desde el lado de adentro. Sea como fuese, necesitaba un descanso.

Y... si en verdad estaba condenado a morir de hambre, entonces aquella casa no se veía como un mal lugar para dejar salir mi último aliento.

Junté las piedras e hice un círculo sobre las baldosas del suelo, luego metí dentro del círculo algunos restos de muebles y papeles y usé mi encendedor para hacer una pequeña fogata para calentar mis manos y mi ropa.

No demasiados minutos después, mi estómago volvió rugir.

Dolía, dolía muchísimo...

Supuse que no perdía nada explorando el resto de la casa. Tal vez, tan solo tal vez, con un poco de suerte, encontraría algo de comer o beber que no fuese esa asquerosa agua de lluvia que ya había dejado acumulándose dentro de mi cantimplora justo del otro lado de la puerta de entrada.

Con mi pistola en mano, visité una a una las habitaciones de la casa. Claro, todas ellas habían sido saqueadas y arruinadas de la misma manera. Ni siquiera se habían esforzado en tapiar las ventanas de los dormitorios, así que el agua entraba y sin dificultades humedecía todo el piso. Revisé cajones, armarios, roperos, pero no encontré nada.

Cuando llegue a la última de todas, me sorprendí al ver el buen estado en que se encontraba a comparación del resto de la casa. Era la habitación de un niño de no más de diez años, lo supe por los juguetes tirados y los posters en las paredes.

Vencido, me senté en la aun mullida cama y contemple mis posibilidades. No estaba todo terminado, no todavía. Había muchas casas cerca, y algunos negocios. Algo, aunque fuese una lata de legumbres caducada, iba a encontrar. Solo era cuestión de buscar. No podía rendirme, no todavía, no hasta saber que era lo que realmente quería encontrar. No hasta que el viaje entero hubiera adquirido un sentido.

Miré con apatía uno de los juguetes y lo tomé con mi mano izquierda. Era un dinosaurio. Yo también solía coleccionarlos. Llegaron a mí recuerdos de mi infancia, una infancia pacífica y despreocupada, sin grandes ni dificultades ni problemas. El niño promedio, podríamos decir. Pensé en mi padre fumando junto a la ventana, y en mi madre preparando la cena, mientras yo ordenaba con sumo cuidado todos mis juguetes luego de otra tarde de verano en la que felizmente había dejado el tiempo pasar.

La nostalgia es un sentimiento interesante. ¿Por qué todos esos recuerdos

felices infunden tristeza? Es paradójico. Se supone que deberíamos alegrarnos por aquellos momentos vividos, pero...

Dejé el dinosaurio en el mismo lugar y en la misma posición que lo había encontrado; no quería que el dueño volviese y se encontrase con que su amado compañero había sido tomado sin su permiso.

Me levanté de la cama y salí, ahora hambreado, cansado y además triste. Caminé por el pasillo con la mirada enterrada en mis propios pasos, pero pronto me detuve. Me lleve una mano al rostro y froté mis ojos.

¿Qué sentido tenía todo aquello? ¿Por qué ocurría? ¿Cuánto más iba a durar? ¿Dónde estaba ese niño? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Dónde estaba el niño que yo fui? ¿Dónde estaban mis padres?

...

¿Dónde estaban mis padres?

Un vacío negro como la noche más oscura creció en mi corazón. Tanto daño. Tanto, tanto daño.

Tanto daño recibido, tanto daño infligido.

No iba a suicidarme, no iba a rendirme. Quería sobrevivir, de eso estaba seguro. Por sobre todas las cosas, todavía quería vivir para ver un nuevo amanecer, siempre pensando en que un futuro mejor era posible. Tenía que ser así. Todo a mi alrededor era un completo sinsentido que me insistía en que debía resignarme, pero no me gustaba esa idea, no quería seguir esa línea de pensamiento.

Claro, no podía.

Si yo no hubiese conocido a Angelique, entonces...

...

Cuando levanté la cabeza, me encontré con la única puerta a mi alrededor que seguía cerrada. Una puerta de madera blanca, aunque no impoluta.

Más por inercia que esperando encontrar

algo de valor, giré el pomo y muy, muy lentamente, la empujé.

Cuando la puerta se abrió, la poca luz que las ventanas dejaban entrar iluminó la propia imagen del terror. Unos ojos, muertos más no inertes, me observaban. Eran los ojos de la muerte. Era una mirada caída, acabada, violenta e inmisericorde. Las pupilas del hombre del otro lado de la puerta lograban con facilidad atravesar mi cuerpo entero. Me analizaban. Entendían en menos de un instante como mi ser entero estaba compuesto, como funcionaba, y lo descomponían antes de mi siguiente exhalo. Esa mirada enrojecida no sentía pena, no sentía dolor, no sentía lástima; esa mirada no sentía. Esa mirada solo existía y solo perseguía un fin: la muerte. La propia, la de los demás, la de todo. El final de la realidad misma. Todo estaba allí, todo moría allí. Si todos estamos en todos, entonces la muerte de esos ojos eran la muerte del mundo.

Miedo.

Sentí pavor ante esa vista. No cabía duda

de que, a todas luces y bajo toda percepción, estaba yo a su merced. Si acaso, el miedo a perecer que sentí en aquel momento era la prueba definitiva de mis aun poderosas ansias por seguir viviendo.

El portador de esos ojos se movió. Sin soltar un solo hilo de voz, alzó su mano armada hacia mí, apuntándome con su pistola. Claro, yo hice lo mismo. Pero no había caso, él tenía la ventaja. Era mucho más rápido que yo. Cerré los ojos y jalé del gatillo, pero solo un disparo se oyó.

.

.

.

Sentí que mantuve mis ojos cerrados durante horas. Esperaba que me dé el golpe de gracia. Que, apoyándose en su absoluta superioridad sobre mí, terminase con mi vida sin sudar una sola gota.

Pero... nada pasó. Tras una cantidad indeterminada de tiempo, levanté lentamente mis párpados, al mismo tiempo que un fragmentado ruido agudo

alcanzó mis oídos.

El hombre al otro lado seguía apuntándome con su arma, pero su imagen entera estaba fragmentada. La bala que disparé había impactado justo en su frente y, sin embargo, su mirada seguía siendo la misma, como si ni se hubiese inmutado. Como si fuese un inmortal.

Bajé la mano y dejé el arma caer.

Cual muerto viviente me acerqué, como dejándome caer al profundo abismo que eran sus pupilas, y me tomé con ambas manos del lavabo debajo de aquel espejo ahora roto.

Era yo.

¿Era yo?

No podía ser.

Si era yo quien estaba aterrado, completamente fuera de mis cabales, ¿como era posible que el hombre en el espejo se viese tan... tan... cruel? ¿Por qué él no sentía ese miedo? No, ¿por qué el miedo no se reflejaba en su rostro? ¡¿Por qué solo yo, y no el del espejo, era el que

tenía que padecer el dolor de sentir miedo?!

No me reconocía. No reconocía mi imagen. No podría haber afirmado con certeza que aquel hombre, con una bala incrustada en la cabeza, era yo. Alcé la mano y toqué mi propio rostro; no el del hombre en el espejo. No, ese no podía ser yo.

Tenía el rostro lánguido y flaco, la barba crecida y unas horribles ojeras. ¿Qué diría mi madre si me viese así?

Pensar...

Pensar que algún día sería incapaz de reconocerme a mí mismo en el espejo...

Me tomé un buen rato para pensar. Comprobé que aún cayese agua al abrir el grifo y revisé el compartimiento detrás del espejo. Encontré un pote de crema de afeitar que seguro llevaba años sin ser tocado. La textura no era de lo mejor, pero funcionaría. La apliqué sobre mi rostro, lavé el cuchillo en aquella agua sucia y, con cuidado, paso a paso, me afeité.

Enjuagué mi rostro, junté valor, y volví a

levantar la cabeza. Aquella mirada seguía allí, esperándome. Giré la cabeza para verme mejor... seguía sin ser yo. El hombre en el espejo seguía siendo otra persona, pero... ahora era, al menos, parecido a quien alguna vez yo fui.

Hace tan solo algunos días.

Angelique volvió a intentarlo.

Me resulta encantador verla tan concentrada.

Era la cuarta vez que intentaba tocar aquella misma canción sin, según ella, equivocarse. Yo entonces estaba de pie, mucho más cerca de ella, viendo como sus finos dedos acariciaban las teclas del piano. Era tan... reconfortante.

Un solo parpadeo y esas blancas alas aparecieron en su espalda. Tan cerca las tenía, tan a mi alcance. Ese era, tal vez, el momento ideal para intentar estirar mi mano y acariciarlas, pero eso significaría interrumpir su performance. No tengo el corazón para hacer algo así. Resignado,

giré la vista a la ventana, y el cristal me devolvió mi imagen. Ese rostro algo delgado, aun con ojeras, con una cicatriz y con una tenue sonrisa...

Ese era yo.

"Ah..."

La última nota sonó, y con ella el suspiro que Angelique dejó salir. Volví mi mirada, y, como imaginaba, sus alas ya no estaban.

"Eso sonó bien".

"Sí... no me equivoqué esta vez. El tempo podría estar mejor, pero...".

"¿Pero?".

"Pero es una mejoría. Aun así, debo seguir practicando".

"Hm... bueno, no creo que Franz Grillparzer se volviese un maestro dejando de comer para practicar. Tengo hambre, Angelique, vamos a...".

Angel giró muy lentamente para levantar

la cabeza y verme con un gesto de leve confusión, en el cual también pude leer un pequeño rastro de desaprobación. Pensó unos segundos, se llevó una mano al mentón, y luego ladeó la cabeza a un lado.

"Alez...".

"¿Qué?"

"No es Schubert?"

"¿Hm? ¿Quién?".

Arqueó las cejas hacia el exterior. No segura de sus propias conclusiones, pero segura de que yo estaba equivocado.

"Grillparzer era un escritor. Creo... creo que te referías a Franz Schubert. Ese sí era músico".

Presioné mis labios con fuerza. No sabía si tenía razón o no, pero la seguridad con lo que lo dijo me hizo sentir como un idiota.

"Eh...".

"Pff...".

Bajó la cabeza e hizo lo posible para contener la risa. Yo me mordí la lengua y le di una débil aunque sonora palmada en la espalda.

"Sí, supongo. Me da igual, no soy músico ni escritor. ¿Podemos ir a comer ya?".

Terminó de componerse y se puso de pie frente a mí, aun dejando salir una muy entrecortada risa entre cada respiración.

"S-sí, vamos. Yo... yo voy a cocinar hoy, Alez".

"Como quieras...".

Dejando salir un ruidoso y estoy seguro que adrede exagerado suspiro, tan solo por el placer de haber 'ganado' una vez más, enderezó la espalda y me miró hacia arriba.

Esos ojos, tan apagados como llenos de vida, volvieron a verme con un cariño único.

"¿Qué tienes ganas de comer hoy, Alez?".

May 10, 2025, 7:15 a.m. 0 comments

FOLLOW STORY Report

/EN/DASHBOARD/CHAPTER/1601174/LIKE/#LIKED-BUTTON-1601174)

Read next chapter > Capítulo Veintidos: Solo IV

ADVERTISEMENT

Leave a comment

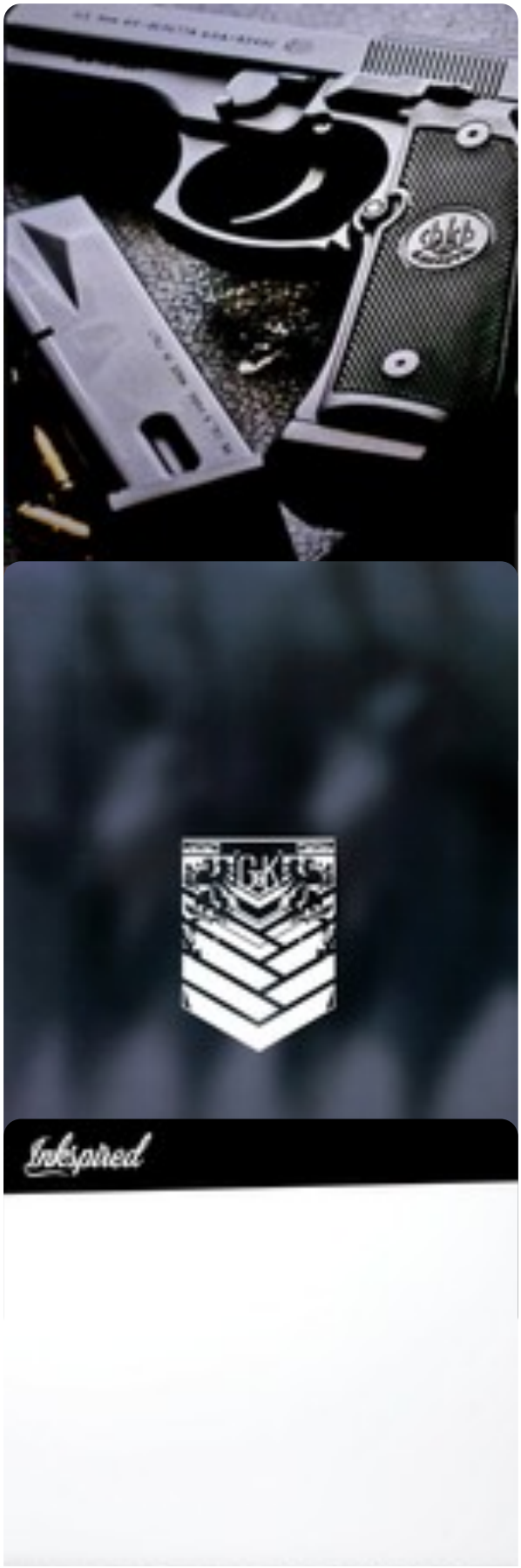
EC

1000 characters left

Send

No comments yet. Be the first to say something!

Related stories



Gray Aria [Español]
(/en/story/185283/gray-aria-espanol/)

More stories

(/en/)

Pandora: New era

(/en/story/686518/pandora-new-era/)

THE LAST REALM: CHRONICLES OF NAN GUN ...

(/en/story/680599/the-last-realm-chronicles-of-nan-gun-book-one-the-unwilling-seed/)

© 2026 Inkspired®
User-submitted content subject to its own terms.
Proudly made in EC.

Stories that will **inspire** you.

(https://www.instagram.com/getinkspired) (https://www.x.com/getinkspired)
(https://www.facebook.com/getinkspired)
(https://www.youtube.com/@getinkspired)
(https://www.linkedin.com/company/inkspired)
(https://www.producthunt.com/posts/inkspired-2)
(https://discord.gg/ZAKyBsSfnR)

COMPANY

About us (/en/about-inkspired/)

Blog (/en/blog/)

Creators & Authors (/en/creators/)

PRODUCTS

Self-publishing services (/en/selfpublishing/)

Inkspired Store (/en/store/)

Mobile app (/en/mobile/)

Rewards Program (/en/rewards-program/)

Inko, Inka & Katze (/en/inko-inka-katze/)

Inkspired Writer app (/en/writer/)

Upgrade to Premium (/en/premium/?ref=footer)

Universes: Narrative Worldbuilding (/en/universes/?ref=footer)

Collectible Cards (/en/cards/?ref=footer)

Merch Shop (https://shop.getinkspired.com/?ref=website-footer)

COMMUNITY

Read stories (/en/discover/)

Events & Writing Contests (/en/events/)

BETA readers network (/en/beta-readers/)

Become an ambassador (/en/ambassadors/)

Writing tips (/en/blog/944/writers-blog/)

Community Groups (/en/communities/)

Latest Newsletter (/en/newsletter/)

SUPPORT

Community Guidelines (/en/community-guidelines/)

Verified Stories (/en/verifiedstories/)

FAQS (/en/faq/)

Advertisement and
Sponsored content (/en/sponsored-content/)

Contact us (/en/dashboard/getSupport/)

Privacy Policy (/en/privacy-policy/) Terms of use (/en/terms-of-use/)